



Año Internacional Familia

Imagen y Dibujos Animados en la pequeña pantalla

LAS FAMILIAS DE TELEVISIÓN (1)

— Marta Azcona —

Transmite imágenes, pero no es cine; emite sonido, pero no es la radio; no es un periódico, pero da información; cuenta historias, pero no es teatro. Tampoco es una máquina de retratar, pero retrata con gran fidelidad todo lo que se le pone por delante. La televisión es una navaja mil usos, un excelente instrumento de entretenimiento y evasión que ocupa y condiciona el tiempo libre de millones de espectadores. Pero es también un poderoso antejo en el que la realidad aparece inevitablemente alterada por el color de cristal.

Para muchos, el protagonismo alcanzado por la televisión frente a otros medios de comunicación se debe, precisamente, a su capacidad de diversificación. Su aparición en los años cincuenta supuso una auténtica conmoción: con sólo apretar un botón, el espectador podía acceder a la información, al entretenimiento y a la formación, sentado cómodamente en el salón de su casa. Por aquel entonces, cuando en todos los países no existía más que una sola cadena, el nuevo electrodoméstico era considerado ya «La ventana del mundo».

Las enormes posibilidades de la televisión hacían prever que éste iba a ser el medio del futuro y teóricos como Mac Luhan teorizaban más tarde sobre la idea del planeta como «aldea global». Las expectativas se han visto confirmadas con creces. Hoy, gracias a los satélites, se salvan tiempo y espacio, y el espectador conoce con la misma instantaneidad y simultaneidad tanto los acontecimientos de su entorno más próximo como aquellos que se producen al otro lado del globo terráqueo, lo que convierte al mensaje en una experiencia cultural compartida por millones de ciudadanos a la vez.

Sólo en España, en los últimos años, hemos pasado de dos canales públicos (TV1, TV2) a la asistencia de trece cadenas (TVE, autonómicas y privadas), cerca de doscientas emisoras locales de televisión y más de cuarenta ofertas vía satélite que pueden captarse fácilmente con una simple, pequeña y cada día más barata antena parabólica. Y esta densa oferta de televisión aumenta cada año con el lanzamiento de nuevos artefactos espaciales, convirtiendo en una fuente inagotable de imágenes, que en la actualidad ha alcanzado ya las 68.000 horas de emisión anual.



Una de las muchas familias de TV: «Dulce hogar, a veces»

LA NARIZ A UNA TELEVISIÓN PEGADA

Ver la televisión se ha convertido en el gran entretenimiento de este siglo. Todo el mundo la mira. Todo el mundo habla de ella. Nadie puede sustraerse a su fascinación. Según las estadísticas, los españoles nos pasamos un promedio de cuatro horas diarias frente al televisor. Los niños de entre 2 y 5 años pasan veinticinco horas a la semana delante de él y para los escolares constituye la primera actividad de ocio, a la que dedican diariamente un tercio del tiempo que están despiertos. ¡Cuándo los niños de hoy alcancen los 50 años de edad habrán pasado 8 años de su vida con la nariz pegada al televisor!

Nunca hubo tanto donde escoger. Y nunca, paradójicamente, tuvieron los niños menos que ver. La guerra desatada entre las distintas cadenas para hacerse con la audiencia y, por consiguiente, con el mercado publicitario, ha generado una programación de escaso contenido cultural, baja calidad estética y ninguna dignidad moral. Si a ésto añadimos la es-

casez de programas creados especialmente para ellos se puede aventurar que, además, los niños se han convertido en los receptores de una programación destinada casi específicamente a los adultos.

Las encuestas revelan que en el orden de preferencia de los niños figuran en primer lugar las películas y las series, seguidas inmediatamente después por los dibujos animados y los programas deportivos. Entre las primeras, los filmes y telefilmes de acción y violencia son los que más atraen al público infantil que «disfruta» una media semanal de 500 homicidios, casi un centenar de peleas y decenas de robos, secuestros, torturas y episodios bélicos, primorosamente servidos a través de la pantalla.

La influencia de los medios de comunicación audiovisuales en la infancia y en la adolescencia se ha convertido, por los efectos que estos pueden tener en la conformación de su personalidad, en un tema de gran preocupación y ha disparado la alarma en todos los estratos de nuestra sociedad. Psicólogos y sociólogos alertan sobre los efectos nocivos que ejerce la violencia «electrónica» sobre los niños; asociaciones de espectadores protestan por la creciente falta de valores en la televisión y juristas y representantes políticos reclaman un código ético de autorregulación para proteger al niño. Y mientras unos le niegan el pan y la sal y sólo ven en la televisión un medio de manipulación con terribles efectos sobre el niño; otros, la defienden a ultranza como vehículo de iniciación cultural y aconsejan su uso sin restricciones. En medio del debate, atrapados por opiniones y teorías de todo tipo, los padres de familia, comienzan a mirar con recelo el televisor y se preguntan con angustia si en el interior de ese electrodoméstico que encandila a toda la familia no se esconderá un monstruo dispuesto a devorar a sus hijos cuando ellos den media vuelta.

APRENDIZ DE ESPECTADOR

Uno de los factores más importantes de lo adecuado o inadecuado del aprendizaje, aparte de los contenidos positivos o negativos de la programación, es la actitud que los padres adopten con sus hijos a la hora de ver la televisión. Muchos se quejan de la pasividad y sedentarismo de los hijos, pero con frecuencia son los propios padres los que arrojan a sus hijos, pero con frecuencia son los propios padres los que arrojan a sus hijos en brazos de la televisión, confiando en ella como en una niñera para que los entretenga y utilizándola como un chupete para que los calme. Abandonando a su suerte frente al televisor, el niño no sólo sacrifica un tiempo precioso para el juego, las relaciones con otros niños o su propia familia, sino que se convierte en un consumidor compulsivo de programas buenos y malos que él, indistintamente, saborea con idéntico deleite.

Reducir la dosis de televisión es importante, pero es mu-

cho más importante que los adultos enseñen a los niños a utilizarla con cabeza. No se trata de que los padres impongan sus criterios o sus gustos a sus hijos. Pero si se convierten en intermediarios entre el medio y el niño, si le ayudan a comprender lo que ve y a valorar lo que aparece en la pantalla, si lo discuten con él, estimulándole a que opine y participe, harán del niño un espectador activo y crítico y le ajearán de la rigidez emocional y de los comportamientos condicionados.



RETRATO DE FAMILIA

En la programación de las distintas cadenas han proliferado últimamente las comedias de situación. Son espacios que sin estar específicamente destinados a una audiencia infantil, gozan de gran éxito entre los adolescentes y los niños.

Algunas de estas series, además de una cuidada producción, presentan personajes y valores muy positivos y abordan aspectos y problemas de la sociedad actual que, independientemente de la nacionalidad de la producción, son fácilmente identificables para la audiencia. En muchas de ellas, la protagonista es una familia. Eterna generadora de conflictos, la familia es siempre en la pantalla un eficaz recurso para crear situaciones cómicas. Pero además de divertidas, estas series, son también un espejo que viene a reflejar la profunda transformación que ha experimentado el modelo tradicional de familia y la di-

versidad de grupos familiares que se dan hoy en nuestra sociedad.

Los especialistas coinciden en señalar la enorme influencia de la televisión en los procesos de desarrollo social, cognitivo y emocional del niño; la pantalla es una primera ventana al mundo adulto y a través de ella asimila valores y modelos de comportamiento. Sin ser estrictamente educativa o docente, la televisión coopera en la diseminación de la cultura y puede ser, de alguna manera, una herramienta educativa en sí misma. Pero la televisión no puede suplantar a padres y pedagogos en la formación del niño ni mucho menos privar a éste de la experiencia directa de la vida.

En este 1994 en que se celebra el Año Internacional de la Familia, Padres y Maestros quiere asomarse a esa ventana del mundo que es la televisión y seguir a través de alguna de estas series la vida de distintos grupos familiares: sus costumbres, sus valores, las relaciones entre los distintos miembros, su actitud ante los problemas y su manera de resolverlos. En definitiva, la percepción de los roles familiares, tan diversos, tan coloreados por el cristal con que se miran.